

ciertas prácticas y ceremonias, dispensan al parecer á los hombres de tener virtudes.» Hé aquí en lo que se ha convertido la moral en los países que se precian de poseer el cristianismo en toda su pureza! (1). ¿De qué sirve, pues, la moral religiosa? No es útil más que para los sacerdotes, responden los incrédulos, porque está hecha á medida de sus intereses. Por lo demas, mata la conciencia; no se sabe ya lo que es virtud ni lo que es vicio; la virtud es lo que es útil al sacerdote; crimen, lo que le perjudica. ¡Y para falsear por completo el sentido moral, se hace á Dios cómplice de esta política de bribones! ¿Qué hay que hacer, pues, para regenerar la moral? Es preciso desligarla de los vínculos del dogma; es preciso emancipar al hombre de las cadenas de la superstición. «Solamente la razon hace mejores á los hombres» (2).

II.

Los defensores del cristianismo oponen á estas acusaciones la caridad cristiana, y pretenden que los filósofos la han robado del Evangelio. Si los filósofos son ladrones, son ademas ingratos, porque hacen una viva crítica de la caridad tal como la entiende la teología, tal como la practican los sacerdotes. La caridad cristiana es ante todo una virtud teologal, es el amor de Dios. Es verdad que Jesucristo añade á esto el amor del prójimo; pero veamos qué han hecho los teólogos de este amor del prójimo; ellos nos enseñarán de cómo el amor de Dios nos obliga á no amar á nuestros semejantes. «Es claro, dice Nicole, que si hemos de amar á Dios con todo nuestro corazon, no podemos conceder parte alguna de este amor al mundo y á las criaturas, porque esta parte que se les concediese sería en perjuicio de la plenitud del amor de Dios. Una consecuencia manifiesta de este precepto es la prohibición que nos impone San Juan de amar al mundo, y lo que nos prescribe San Pedro cuando exhorta á todos los cristianos á abstenerse de todos los deseos carnales, lo cual comprende todo amor á las criaturas.

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 136.

(2) *Cuadros de los santos*, p. 207.

Es, pues, una verdad indudable que todo amor de las criaturas por ellas mismas, todo amor que se detiene en la criatura, y que no remonta hasta Dios, es malo y corrompido» (1). Hé aquí una concesion aparente hecha á las afecciones humanas. ¿Quiere esto decir que los filósofos calumnian al cristianismo, cuando le atacan porque condena los sentimientos más dulces y más imperiosos de la naturaleza? La disputa es una pura cuestion de palabras. Ese amor de las criaturas dedicado á Dios es una cosa imposible. Los moralistas cristianos lo conocen tanto, que dicen que el camino más corto y más fácil de no amar á las criaturas por sí mismas, es apartarse absolutamente de ellas y renunciar á ellas para siempre (2). Lo cual equivale á decir con Pascal: «Si hay un Dios, no debemos amar más que á él, y no á las criaturas.» Vemos, pues, en lo que se convierte el amor del prójimo tan decantado por los defensores del cristianismo. Escuchemos la respuesta que da la conciencia moderna á esta aberracion por boca de Voltaire: «Es preciso amar con gran ternura á las criaturas; es preciso amar á su patria, á su mujer, á su padre, á sus hijos; se los debe amar tanto, que Dios nos los hace amar involuntariamente. Los principios contrarios son buenos para hacer razonadores inhumanos, y esto es tan cierto, que Pascal, abusando de este principio, trataba á su hermana con dureza y rechazaba sus servicios, por no incurrir en amar á una criatura. Si esta fuera nuestra regla de conducta, ¡qué sería de la sociedad humana!» (3). Rousseau ha dicho lo que sería de ella, lo que es en realidad para los devotos: «El amor de Dios sirve de excusa á los devotos para no amar á nadie» (4).

D' Holbach nos dirá cómo se componen los sacerdotes, no solamente para no amar á nadie, sino para odiar á todos los que no quieren someterse á su yugo, siempre por amor á Dios: «No consideran como su prójimo ni como hombre al que no piensa como ellos. Segun estas ideas, denuestan, persiguen, y cuando pueden, hacen exterminar á todos los que les desagradan; apenas se les ve

(1) NICOLE, *Ensayo de moral*, t. v, p. 247.

(2) IDEM, *ibid.*, t. v, p. 273.

(3) VOLTAIRE, *Notas sobre los Pensamientos de PASCAL* (*Obras*, t. xxix, página 280).

(4) ROUSSEAU, *La Nueva Eloisa*.

perdonar á sus enemigos más que cuando no pueden vengarse de ellos. Verdad es que no vengan nunca sus propias injurias, no son sus propios enemigos los que tratan de exterminar, sino las injurias hechas á Dios, el cual, sin duda, sin su auxilio no podría vengarse por sí mismo. Además, ya se sabe que los enemigos de los sacerdotes no pueden nunca dejar de ser enemigos de Dios; éste hace siempre causa comun con sus ministros en esta tierra; le parecería muy mal que por una excesiva indulgencia perdonasen las ofensas que reciben en su nombre. Solamente, pues, por celo son nuestros sacerdotes crueles, vengativos, inhumanos; seguramente perdonarian á sus enemigos si no temiesen que el Dios de las misericordias llevase muy á mal su indulgencia.»

Este cuadro de la caridad cristiana, tomado de las *Cartas á Eugenia*, está trazado de mano maestra. Admiremos la caridad de que, como es natural, dan ejemplo los unguidos del Señor! A fuerza de amar á Dios, aquellas santas almas odian á su prójimo! Y el odiar al prójimo es amarle, porque se le odia por amor de Dios! No hay para qué decir que los fieles deben imitar á sus pastores. Deben amar á Dios sobre todas las cosas, y por consiguiente, con preferencia á sus semejantes. «Tomamos interes en todo lo que afecta al objeto de nuestro amor; por esto ningun buen cristiano puede dispensarse de desplegar su celo, y aún si necesario fuese, debe exterminar á su prójimo cuando piense ú obre de una manera desagradable ó injuriosa para su Dios. La indiferencia en este caso sería un crimen: cuando se ama sinceramente á Dios, es preciso manifestar calor por su causa, y en este sentimiento no cabe exceso» (1).

La caridad cristiana, dicen, se ha manifestado por medio de la beneficencia! Pudiéramos poner en duda la caridad práctica del cristianismo, lo mismo que su caridad teologal: si practica la caridad no es por humanidad, no es para aliviar miserias que le importan muy poco, sino como medio de procurar la salvacion de los que practican la caridad, ó como propaganda, lo cual implica otra vez el espíritu de dominacion que reaparece en toda la historia de la Iglesia. Los libres pensadores no se ocupan de esta fase de la

(1) *Cartas á Eugenia*, en FRÉRET, *Obras*, t. I, p. 216. 217.

question: examinan la beneficencia cristiana bajo el punto de vista social, político, y les cuesta poco trabajo el demostrar que produce los más funestos resultados. D' Holbach hace observar en primer lugar que todas las religiones, lo mismo la de Mahoma que la de Cristo, recomiendan mucho la limosna. «Nada, dice, está más conforme con la humanidad que el socorrer á los desgraciados, vestir al desnudo, tender una mano bienhechora á todo el que tiene necesidad. Pero ¿no sería más humano y más caritativo prevenir la miseria é impedir el gran número de pobres que hay? Si la religion, en lugar de divinizar á los príncipes, les hubiera enseñado á respetar la propiedad de sus súbditos, á ser justos, no se vería en sus Estados tan gran número de mendigos.» Los apologetas del cristianismo suelen citar los numerosos hospitales levantados por la caridad cristiana para aliviar todas las miserias. También el mahometismo, dice d' Holbach, participa de esta gloria. Pregunta si no hubiera sido más humano gobernar bien á los pueblos, excitar y favorecer la industria y el comercio, dejarles disfrutar con tranquilidad del fruto de sus trabajos, que oprimirlos bajo un yugo despótico, empobrecerlos con guerras insensatas, reducirlos á la mendicidad para satisfacer un lujo desenfrenado, y fundar despues suntuosos monumentos que no pueden contener más que una mínima parte de aquéllos cuya desgracia se ha causado. La religion con sus virtudes no hace más que variar la naturaleza del mal; en lugar de prevenirlo, le aplica un remedio insuficiente (1).

Mucho más podría decirse acerca de la caridad cristiana. Los economistas se han encargado de demostrar que en lugar de curar las miserias humanas las aumenta, destruyendo en los desgraciados el móvil de la actividad, de la iniciativa, del respeto de sí mismos, y de ese justo orgullo que el hombre debe encontrar en atender á sus necesidades por su propio trabajo. Si el cristianismo no ha comprendido nunca la verdadera caridad, que consiste en favorecer el trabajo, es porque á sus ojos la pobreza es un bien y no un mal; ¿qué digo? es el único medio, el medio más seguro al menos de entrar en el reino de los cielos. Los perfectos, los san-

(1) *El Buen sentido*, § 169, p. 244-246.

tos condenan la propiedad como un vicio: los monjes hacen voto de pobreza; los más perfectos entre los perfectos renuncian hasta á la propiedad en comun, y ven la perfeccion en la mendicidad. En este punto tocamos al extravío del espiritualismo cristiano: lo que es una virtud para los sectarios del Evangelio, es un delito á los ojos de la sociedad láica. No se diga que el cristianismo es ajeno á estos excesos, porque la predicacion y la vida de aquél á quien los fieles adoran como Hijo de Dios, es lo que ha extraviado á sus discípulos.

III.

Tales son los ataques que los libres pensadores dirigen á la moral cristiana. Todo lo que dicen es la expresion de los sentimientos y de las ideas de la humanidad moderna. Se los acusa de haber destruido la moral. Han destruido efectivamente una moral, la moral del espiritualismo cristiano, moral extravagante, cuyo resultado directo es la locura del monaquismo. ¿Quiere decir esto que hayan rechazado toda moral? Para predicar semejante doctrina, hubiese sido necesario que los incrédulos hubiesen sido más locos que los santos de la Tebaida. Diderot ha escrito estas hermosas palabras: «Hay que ser virtuoso, ó renunciar á ser grande» (1). Y ¿qué entiende por virtud? «Bajo cualquier forma que se la considere, responde, es un sacrificio de sí mismo.» La más sangrienta censura que dirige á Laharpe y á los que se le parecen es el egoismo: «No sienten latir nada, dice, en su costado izquierdo» (2). No nos empeñemos por otra parte en buscar en un artista un sistema de moral, sobre todo cuando este artista hace alarde de materialismo. Pero al ver aquel materialista que consagraba su vida á sus amigos, al compararle con los Laharpes modernos, gentes muy espiritualistas, pero tan frias y tan egoistas como su modelo, nos asaltan deseos de exclamar: ¡Dios nos dé materialistas como Diderot!

Los contemporáneos de Diderot han hecho ya observar que era

(1) DIDEROT, *Ensayo sobre los reinados de Claudio y de Neron.*

(2) IDEM, *Misceláneas de literatura* (Obras, t. I, p. 601, 743).

espiritualista á pesar de su filosofía: «Defensor apasionado del materialismo, dice Grimm, era idealista por su manera de sentir y de existir, lo era á su pesar y por el ascendiente irresistible de su carácter.» Admira, cuando se hojean los escritos de este materialista de profesion, encontrar en ellos una moral tan pura como la de los más severos filósofos. Escuchemos lo que dice de la lucha del vicio y de la virtud en nosotros: «El corazon del hombre se encuentra unas veces sereno, otras cubierto de nubes; pero el corazon del hombre de bien, semejante al espectáculo de la naturaleza, es siempre grande y bello, ya esté tranquilo ó ya esté agitado. El hábito de la virtud es el único que puede contraerse sin temer el porvenir. Pronto ó tarde, los demas llegan á hacerse importunos. Cuando ceden las pasiones, empiezan la vergüenza, el enojo, el dolor. Entónces da miedo mirarse á sí propio. La virtud se contempla siempre á sí misma con complacencia. El vicio y la virtud trabajan sordamente en nosotros: no están ociosos un momento; cada cual mina por un lado; pero el malo no se ocupa en hacerse malo, como el hombre de bien en hacerse bueno: el partido que ha tomado, que es el de no hacer nada por sí, es el más bajo de todos. Proponeos un fin que pueda ser el fin de toda vuestra vida.» Si los ungidos del Señor hicieran sermones como este, creemos que sus oyentes no perderian nada.

Este predicador ateo predica tambien la caridad y la justicia. Hé aquí los consejos que da una princesa á su hijo: «La prosperidad os hará bueno, pero la adversidad os hará grande. Si hay grandeza en ser un hombre sereno, es en el momento en que los azares se amontonan sobre su cabeza. Haz el bien y piensa que la necesidad de los acontecimientos es igual para todos. Sométete á ello y acostúmbrate á mirar del mismo modo el golpe que hiere á un hombre y lo derriba, que la caída de un árbol que rompiese su estatua. Eres mortal como otro cualquiera, y cuando caigas, un poco de tierra te cubrirá lo mismo que á otro cualquiera..... *En todas tus obras ten siempre presente el último momento, aquel momento en que la memoria de los hechos más brillantes no valdrá tanto como el recuerdo del vaso de agua dado por humanidad al que tenta sed.*»

Bossuet usaba un lenguaje más pomposo, más magnífico, pero